

LUKA NUNCA LLEGÓ A LA TIERRA PROMETIDA

Erase una vez, hace muchos años, un joven, llamado Luka, que malvivía en un país, de cuyo nombre no quiero acordarme. Allí no existía el futuro, más de once años de guerra civil, el virus del ébola y las inundaciones habían diezmando considerablemente a la población. Había una fuerte desigualdad económica: el poder y la riqueza se concentraban en unas cuantas familias. El resto apenas subsistía dedicándose a la agricultura o a la extracción de recursos minerales.

Su padre falleció con el fusil en la mano dentro de las trincheras. Su madre, al poco tiempo, contrajo la malaria. Esta concertó el matrimonio de su hermana Hana, de nueve años, con un señor de la capital, bajo la promesa de que el marido financiaría los medicamentos necesarios para la curación de la enfermedad, sin embargo a los pocos meses la enferma murió. Años más tarde Hana sería repudiada.

Tras trabajar en las tierras de su familia durante un lustro, Luka decidió, junto con un amigo, dedicarse a la extracción de diamantes. Pensaba que, manteniendo un alto nivel de extracción durante dos años y ahorrando buena parte de su paga, podría intentar salir del país en busca de algo mejor.

El viaje duró dos meses. El objetivo: llegar a un país bañado por las aguas del Mar Amable y desde allí cruzar a la Tierra Prometida. Buena parte de la ruta la hizo de noche para no caer en manos de la policía y terminar de forma abrupta su intentona. A lo largo del camino se fue encontrando con gentes de otros países que, como él, escapaban de la violencia y de la pobreza en busca de algo mejor. Algunos hablaban francés, inglés o alemán, otros solo su propio dialecto, algunos ya habían viajado y cruzado fronteras, otros no habían salido de su aldea...Pero todos tenían en el rostro las huellas del miedo y de la ilusión. En sus largas conversaciones solían lamentarse de que sus hermanos no tenían nada que comer, que en su país no había medicinas, que muchos niños y, especialmente las niñas, no iban jamás a la escuela, que la esperanza de vida apenas llegaba a los treinta y cinco años. Algunos manifestaban que su familia había vendido muchas de sus posesiones para pagarles el viaje y no podían defraudarles. Resistir todo ese tiempo fue complicado. Tuvo que atravesar zonas desérticas llegando a estar hasta dos días sin beber, en ellas se topó con algunos cuerpos inertes que yacían medio enterrados en la arena. A veces, debía ocultarse en zonas boscosas.

Tanto esfuerzo había valido la pena. Luka había conseguido llegar a la orilla del Mar Amable y subirse a una de las balsas con las que las mafias transportaban migrantes a la Tierra Prometida. Pero no hubo suerte. La embarcación volcó y los soldados que trabajaban de guardacostas, apuntándoles con sus fusiles, los hicieron salir. Luka nunca pudo quitarse la imagen de una joven con un niño en los brazos a la que dejaron que se ahogara a pesar de que no paraba de gritar.

Los llevaron al centro de detención de una ciudad en guerra con las localidades vecinas. Los guardias los introdujeron a golpes en su interior. No podía creer lo que veían sus ojos: gente amontonada en el suelo, enfermos, niños, mujeres, hombres, abuelos, todos ellos muy delgados e impregnando la esperpéntica escena un insoportable olor a heces fecales, orines y sudor. Todavía estaba confuso por la situación, cuando Fatma, una joven de su pueblo, se presentó frente a él. Estaba tan desmejorada que al principio no la reconoció, pero ella insistió haciéndole recordar hechos que habían vivido los dos. La chica le comentó que las mujeres que viajaban solas eran vejadas y abusadas sexualmente un día sí y otro también.

Al caer la noche dos guardianes llamaron a Fatma. Esta se levantó para acompañarles, sin embargo, Luka, queriendo protegerla, golpeó a uno de ellos. Llegaron cinco más, quienes con las porras dejaron en el suelo inconsciente a su defensor, y a ella, entre fuertes gritos, se la llevaron arrastrándola hasta desaparecer tras la puerta de metal.

Al día siguiente una camioneta trasladó a Luka y otros migrantes a un pueblo del desierto. Allí se mercadeaba con personas a plena luz del día. Luka fue vendido como esclavo a una casa particular, donde había más de treinta personas que estaban igualmente retenidas. Como no tenía familia, el nuevo dueño no podía pedir un rescate por él. Así que lo sometió a duros trabajos forzados para rentabilizar el dinero invertido. Tras seis meses Luka falleció exhausto y con marcados signos de inanición.

En aquel tiempo en la prensa escrita se publicaron las siguientes informaciones:

“Los investigadores de un detallado estudio financiado con fondos de la Unión de la Tierra Prometida manifestaban que “Los líderes de la Unión habían ido poniendo parches para dar respuestas inmediatas al nerviosismo de sus electorados que supuestamente perciben los crecientes flujos migratorios ... como una amenaza existencial.” (Diario A, 17 de marzo de 2018)

“El presidente del Parlamento de la Unión de la Tierra Prometida quiere un acuerdo migratorio con el país X similar al alcanzado con el país Y para establecer campos de refugiados en el Continente Desolado.” (Diario ZZ, 17 de agosto de 2017)

“Las muertes de migrantes bajan en 2018 pero el Mar Amable sigue siendo letal: 4.503 personas fallecieron o desaparecieron este año cuando intentaban emigrar, un 35,9% menos que en 2017.” (Cadena de televisión TTT, 30 de diciembre de 2018)

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Jesús Claver Giménez